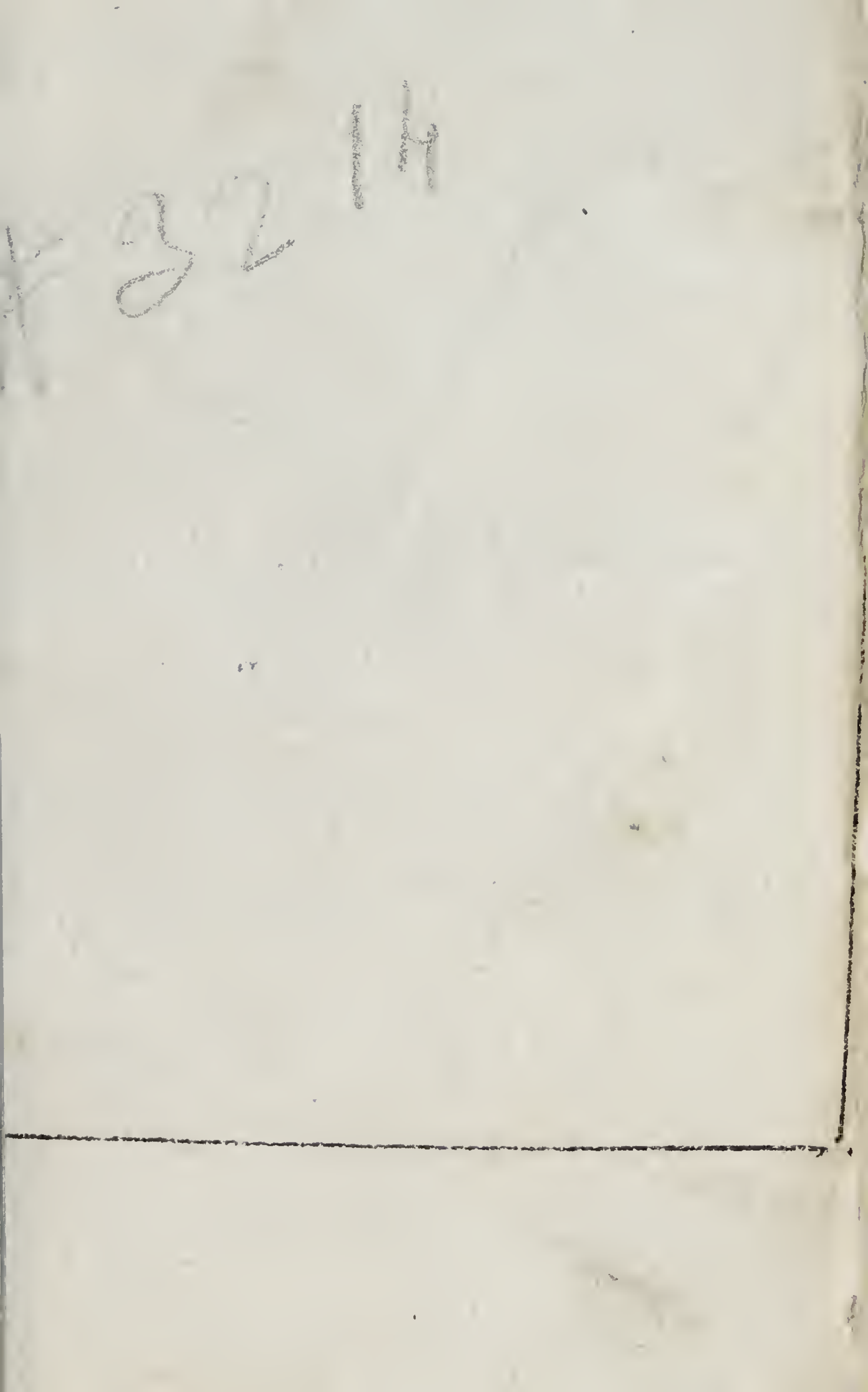


N. 2

D. LUCAS Y D. MARTIN

SOLOS EN SU CAMARIN.

CAPRICHO CÓMICO,

Ó COMEDIA ENTREMESADA

de

DON LUCAS ALEMAN.

CRÍTICA MESCOLANZA,

DONDE ALTERNA LO SERIO CON LA CHANZA.

[Manuel de Casal y Aguado]

MADRID:
Imprenta de Don Norberto Llorenci.
Julio de 1832.

AL BENÉVOLO LECTOR.

SÚPLICA PREPARATORIA,

YA SEA PETITORIA Ó PEPITORIA,

ESPINELA Ó DÉCIMA,

SEGUN MODERNA ESCUELA.

Lector querido, hay te envio
Ese crítico potage,
De todo matalotage
Guisado al estilo mio.
En tu gran bondad confio,

Que si su composicion
No merece tu atencion,
Perdones mi necedad,
Y me ayudes por piedad
A costear su impresion.

Lucas Aleman y Aguado,
tuyo desde sol á sol.

SAINETE CON ENAGUAS
DE COMEDIA,
Y COMEDIA CON CALZAS
DE ENTREMES,
QUE NADIE SABE LO QUE ES.

DIÁLOGO EN PROSA,

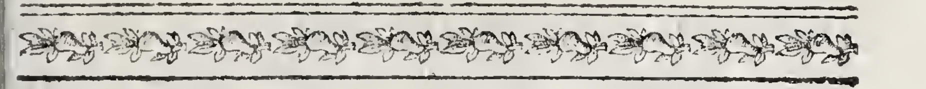
POR ANDAR HOY LA MUSA PEREZOSA.

Actores machos.

D. Lucas Reparon.
D. Martin Bufon.
D. Longinos Pedante.
D. Lope Tertuliante.
Y Toribio, criado demandante.

Actrices hembras.

Doña Eufrasia, *Señora de casa.*
Doña Margarita, *su Amiguita.*



ACTO ÚNICO.

ESCENA PERMANENTE Ó JORNADA,

SEGUN QUIERA LA GENTE.

Al estrepitoso ruido de un sonoro pito elévase el telon á las bovedillas, y aparece la habitacion de D. Lucas bien amueblada, con sillería á la antigua de taburetes de brazos, úna mesa de nogal de Cuenca, cubierta con una bayeta amarilla festoneada de negro, y en ella una decente escribanía de cuerno, hoja de lata ú otra sólida materia; campanilla de barro ó plata de sartenes que suene mucho; varios libros de pergamino, encuadernados á la inglesa, y una bugía de cera vírgen encendida (si se halla de lance), colocada en una palmatoria sin mango. A dicha mesa estará sentado Don Lucas en bata de

invierno, tornasolada á trechos de tabaco español habano, con alto gorro de gamuza y anteojos verdes sobre las narices, leyendo en un librote de á folio. Toca la orquesta una ó dos sinfonías del célebre Rossini, acompañadas de bajon y timbales, y concluyendo su sonora melodía toma un grande polvo Don Lucas de la caja que tendrá sobre la mesa, estornuda siete veces, tose, escupe, y antes gargajea; límpiase las babas, toca la campanilla á rebato, y sale con gran sorna Toribio en traje de gala diario haciendo muchas cortesías, y dice:

Toribio.

¿Qué demanda meu amu?

Don Lucas.

¿Se han marchado ya tu ama y demas gente á la comedia casera?

Toribio.

Ya ha gran ratu que afufarun.

Don Lucas.

¿Y tú qué haces en la cocina?

Toribio.

Estou mondandu os nabus, é á mais verduira para el pucheiru de mañana. Dejóimelu ansina comendadu á cuineira.

Don Lucas.

Pues vete, y si viene Don Martin hazle pasar aqui dentro.

Toribio.

¿A Don Mastin?

Don Lucas.

Sí salvaje.... pero aguarda que llaman; él será sin duda.

Toribio.

Pois partu á abrirlo.

Vase, y sale D. Martin.

Don Martin.

Buena noche, Don Lucas. ¿Qué es esto? ¿Cómo tan solo? Pues ¿y la parienta y familia, qué se han hecho?

Don Lucas.

Están esta noche de comedia casera.

Don Martin.

¿En dónde?

Don Lucas.

En las Maravillas.

Don Martin.

Maravilla será que ella sea buena.

Don Lucas.

Como farsa de manolos, teatro de candil, y orquesta de guitarra.

Don Martin.

Y añadid: con su cacho de naaja y

punta de cigarro. ¿Pero sabeis cómo la tal pieza se titula?

Don Lucas.

Segun noticias es una composicion nueva de un aficionado, titulada *Los Pujos de una Doncella.*

Don Martin.

Notable título: lavativas frescas en ella. ¡Sin duda será ingeniosa! ¿Pero en qué estais ocupado con ese gigantesco librote?

Don Lucas.

Estoy leyendo *Luz de la Fe y de la Ley*, que me gusta mucho su moral.

Don Martin.

¡Jesus y qué antigualla! Habiendo obras modernas de bello gusto ¿os ocupais en esos protocolos rancios, que el actual siglo ilustrado tiene endosados á las lonjas y tiendas de ultramarinos?

Don Lucas.

Asi va ello: ¿qué quereis amigo? Mi gusto es probar de todo. El hombre no debe ceñirse á una sola materia. *Omnia probate, quod melius est tenete*, dice una docta pluma. Demas que esta obra es doctrinal, mística é instructiva, y no todo ha de ser profano.

Don Martin.

Decis bien; pero cargar con esos libros rancios de coro fastidia. Bien haya Francia, donde ya se han jubilado esos colosales mamotretos, y sus materias se han concretado á obras bonitas, pigmeas y enanas, á modo de petacas de cigarros, que puede uno llevar media docena de tomos en la levita repartidos, sin impedir el paso á caja y pastillas de malvavisco, cuando se ofrece el obsequio á una dama resfriada, ó una jóven con tos aunque sea fingida. Ayer mismo he visto una obrita extrangera portátil en tan diminuto tamaño, que puede suplir á relox de faltriquera. Y en el dia se está imprimiendo en Paris nuestra antigua,

singular é instructiva obra de las Novelas de Zayas en el volúmen de un huevo de paloma con sus respectivas láminas, forrada en rico tafilete lechuguino, y á manera de lancetero su caja donde va embutida, que será el pasmo del arte en Europa.

Don Lucas.

Pero si asi es la obra ¿qué tal será la letra?

Don Martin.

Por supuesto: debe ser como ojos de mosquito; pero para eso se trata venderla con su cierto lente colgado, como el que los escarolinos del dia gastan por bandolera para autorizarse ciegos en la moda, los que por naturaleza ven de lejos lo que de cerca palpan.

Don Lucas.

¿Cuándo dejareis de ser satírico?

Don Martin.

Esto no es sátira, sino recuerdo de

lo que pasa. Pero dejad ya ese torrezno literario, y hablemos de otras cosas mientras regresan de su funcion los ausentes.

Don Lucas.

¿Y de qué quereis que hablemos? Elegid materia.

Don Martin.

Hablemos de gabinetes políticos?

Don Lucas.

Eso no, amigo mio. En mi vida pensé usurpar á los cafés sus derechos. Critíquese en ellos, y murmúrese de negocios de estado por los ociosos oradores y sabios infusos que los ilustran, que mi casa no es fonda ni juzgado. Ni yo soy capaz de reformar leyes ni providencias del gobierno que me rige y sumiso obedezco.

Don Martin.

Pues hablemos de mozas.

Don Lucas.

Esa es fruta dura para mí y cuantos no tenemos dientes. Quien mala voz tiene no se meta á sorchantre, ni quien fuere manco se ponga á organista. Una manzana perdió el mundo, y será gran necedad arrimarse un hombre al árbol que las produce. La dama menos generosa (sin ser deidad) suele dar ciento por uno en desengaños, disgustos, y otros favores con que Cupido suele obsequiar á Mercurio en ocasiones, y estas usuras no son adaptables á quien no sigue la carrera de semejante comercio.

Don Martin.

¡Caramba y qué moral estais esta noche! Pues tratemos de literatura.

Don Lucas.

Soy poco versado en ella para acertar en su elogio: la estimo, y aprecio á cuantos con solidez la profesan, asi como detesto á los literatos superficiales y vanos que, pretendiendo esplicar lo que no entienden, se persuaden en-

tender lo que no esplican. He leido mucho en mi larga vida, y aun existo aprendiz de literato, cuanto menos preciarme de maestro. Para serlo en realidad y sin apariencia era necesario á muchos que las ciencias fuesen cortas y sus vidas largas. Si en el presente siglo hay eruditos papagayos (como científicas cotorras), su habilidad parlante nace de la que estas aves tienen en aprender por el oido lo que en ellas no produce el talento de que carecen. Para hablar con propiedad, Don Martin mio, es necesaria propiedad en lo que se dice. Quien asi no proceda pasará por sabio entre los necios; pero por necio entre los sabios, y estos le dejarán feo en la sociedad mas brillante. Por lo tanto, para no errar, ver, oir y callar dicen en mi lugar.

Don Martin.

¡Vaya, que estais muy Socrático! Hablemos pues de guerra si os parece.

Don Lucas.

Quien siempre amó la paz no apetece

la discordia. Cuando niño hacia el ejercicio militar con un palo. Cuando adulto un fusil descargado me asustaba, y aun la diversion de la caza me fastidia, pues me cuadra trincharla en el plato mas que perseguirla en el campo. Aquellos señores militares que lo son en los hechos y no en los dichos, es decir, que han espuesto sus vidas valerosa y honradamente en defensa del Monarca, patria y seguridad de los pueblos, y que no han comido gallina en las trincheras, esos pueden sostener una materia que para vos y para mí se presenta tan abstracta.

Don Martin.

Segun veo no hallaré asunto que os cuadre. ¿Quereis que hablemos de medicina?

Don Lucas.

A su tiempo podrá venirnos bien: no ahora, que á Dios gracias, estamos sanos. *Facultad venturosa* la llamó un sabio, porque imita á la Divinidad en salvar á los hombres de los riesgos. Las Sagradas Letras la elogian diciendo que

El Altísimo la creó de la tierra para auxilio de los dolientes, y añade: *que el varon prudente no la pondrá en desprecio.* A sus profesores elogian las mismas diciendo: *Honra á tu médico por serte necesario. Cuando enfermares llámale*, y obedécele con confianza. San Ambrosio llama al médico *instrumento de que Dios se sirve para la salud del cuerpo* (asi como médico espiritual llamamos al del alma. ¿Qué discurso pues podremos formar de una profesion y unos profesores que recomiendan tanto nuestros sagrados códigos? Vos, como amante de la crítica, quisierais formar mis ideas á medida de las vuestras, y denigrar el lustre de una profesion que ejercieron con crédito tantos sabios. Pero ¿por qué hemos de discutir una materia en que tanto discordamos? Confieso que asi como entre lo malo hay bueno, y entre lo bueno mejor, tambien entre lo bueno hay malo, peor y pésimo. El vulgo mordaz é ingrato vulnera en general el mérito de los médicos, y los convoca en sus aflicciones sin distincion de clases. No sé en qué penda esta paradoja: á nosotros no nos pertenece, por via de recreo, analizar lo

que al Supremo Juez es únicamente reservado.

Don Martin.

Enhorabuena sea: hablemos de abogacía.

Don Lucas.

Punto igual al anterior presentais á nuestro pasatiempo. Abogados ó voceadores (como la antigüedad los llama) son para mí no abogados, cuando ellos son los que abogan, sino abogadores, esto es, defensores y protectores de la parte que defienden. Sus virtudes deben ser aplaudidas, como sus defectos compadecidos. Estos en algunos serán culpables como en los que administran justicia, mas á nosotros no pertenece su correccion. Ellos se rigen por las leyes. Si estas fueran menos en número, menos serian sus controversias y menos sus transgresores. Por consiguiente menos los que las necesitaran, y menos los que por avaricia las interpretaran y sostuvieran en daño de tercero. Asi como el vulgo llama á los boticarios venenarios, á los abogados ti-

tula revolucionarios, y asi como se dice que donde hay mas médicos hay mas males, asi tambien se cuenta que donde hay mas letrados hay mas enredos, donde hay mas enredos hay mas pleitos, y donde hay mas escribanos hay mas embrollos. Líbrenos Dios de popular censura.

Don Martin.

Hablemos del teatro cómico si os parece.

Don Lucas.

Punto tocais muy interesante en la actual época, porque distando muy mucho mi opinion de la de la turba magna de críticos regeneradores y refundidores de los dramas teatrales que tanto pululan en el dia, si me oyeran algunos no quedaba mi ejecutoria de nobleza para envolver especias. Define Ciceron la comedia *Imitacion de la vida y Espejo de las costumbres.* No ignoro que en ella deben brillar la moralidad, buen ejemplo y deleite decoroso: tampoco ignoro que hay piezas disparatadas que no observan tales preceptos, y otras

que son pantomímicas y no cómicas; pero como mi objeto es pasar el rato y divertirme, si cumplo mi deseo, la comedia mas disparatada es para mí la mas grata y la mas arreglada al arte, la mas ingrata si gasto sin placer mi dinero. Háblase mucho de las unidades de *accion, lugar y tiempo*, pero para mí valen muy poco. No soy tan simple que no conozca lo disparatado de representarse un acto en Madrid, otro en el Cairo y otro en Filipinas; pero si salgo divertido seré como el asno que deja por el tosco pienso las finas rosquillas. Al teatro voy como especador y no como censor de lo que alli pasa, y asi Marta la Romarantina, el Mágico Brancanelo, Juana la Rabicorona, y otros monstruos de igual familia, completan mi deseo. Admito las unidades, pero no como las suponen los críticos delicados. En la unidad de *accion* quiero y entiendo que los actores desempeñen bien su trabajo, que vistan segun lo pide la escena, y que las decoraciones espresen con propiedad el sitio donde sucede el lance: en la de *tiempo*, que si el anuncio público convoca á las siete no empiecen la funcion á las

ocho ó las nueve, y que en los entreactos no quede tanto vacío que pueda uno ir á engullir una polla en la fonda con sosiego sin hacer falta; y en la unidad de *lugar* quiero que cada uno ocupe su asiento, sin que en el banco ó grada donde caben cuatro me emboquen cinco personas *lucrationis gratia.* De este modo admito y deseo las tres decantadas unidades, y si dicen que mi dictámen es erróneo ó injusto, respondo que en mesa y diversiones cada cual tiene su gusto.

Don Martin.

Teneis razon sobrada; pero no dejarán de criticaros los modernos, inteligentes en la materia.

Don Lucas.

Poco me importa, pues quien no me llena el pancho no entra en mi rancho.

Don Martin.

Hablemos de óperas si no os displace.

Don Lucas.

Mucho menos. La naturaleza espli-
:a y quiere esponer las pasiones del
ıombre animado sencillas á la vista y
:spresadas sin fingimiento. Una públi-
:a esposicion de ellas demuestra el dra-
na en la escena. Si esta aparece con-
raria á las sensaciones del corazon, al
nas sensato molesta, y al bufon escita
ı risa. Pelear un militar cantando, mo-
irse un héroe trinando, y accidentar-
e una dama gorgoriteando, son actos
epugnantes á la sensibilidad humana.
El quejido es espresion del dolor, aba-
imiento y tristeza. La música, anima-
la por la alegría, simboliza el dulce
ılacer interno: ¿cómo, pues, puede com-
ınarse que uno se muestre alegre mu-
iendo? ¿Que cante el poseido de furor
venganza, almibarando su amarga bi-
is, y que solfee en tono filarmónico el
ue sube la escala del patíbulo á con-
umar su apreciable existencia? No sé
ue al que tiene un lindo dolor de mue-
as le complazcan los violines. A la ver-
lad que no deliró quien definió á la ópe-
a *Metáfora sin propiedad*, y á sus co-
os *Cacofonía impertinente al órgano*

auditivo. No obstante, es preciso confesar que en lo heróico, sublime y magestuoso escede la ópera á la comedia

Don Martin.

Bellamente lo habeis charlado. Hablemos algo de toros.

Don Lucas.

Otra te bailo, y andaba con muletas. ¿Quereis impacientarme? Una funcion irracional quereis hacer asunto de nuestro racional discurso? ¿Qué son los toros mas que fieras, y quiénes son los que los acosan y con ellos lidian sino feroces atletas luchadores, que por el vi interes se apropian sus cualidades? ¿Y quiénes son los que ansiosos concurren á semejantes cruentos espectáculos mas que insensibles curiosos, que tal vez dejan sus precisas obligaciones por ir á presenciar rasgos de la mas brutal escena? ¿Qué placer, pregunto, logran los sentidos en tan sanguinario recreo en que la sensibilidad humana sucumbe al monstruoso aspecto de una feroz lucha? ¿Qué deleite tienen los ojos en

er la sangre del furioso animal mezlada con la del sencillo é incauto caallo, y tal vez con la del intrépido giete, nuestro semejante y hermano, é ndividuo de la sociedad cristiana? ¿Qué iversion goza en ver morir rabiando un bruto, que domesticado pudo ser til al labrador en el arado? ¿Qué soora armonía recrea el oido en el bárаro murmullo del aplauso ó vituperio el torero, bien ó mal librado del ries- ? ¿Qué sonora cadencia imprime en comun sensorio la casi continua alzara de voces irritantes y tumultuaa gritería de inmodestos é impúdicos itos? ¿Y qué pasto ideal recibe el enndimiento en una escuela de la ferodad y el esterminio? Amigo mio: funon donde dominan la disolucion y loıra no me es adaptable. Hágale buen ovecho al que se deleita en oir braar fieras, ver dóciles caballos con las ipas arrastrando, escuchar quejidos desgraciados perniquebrados, ver almbrada la plaza de cruentas manchas, sistir la inclemencia de la atmósfera, con apática tranquilidad sufrir otros tástrofes. Si conforme es funcion de ros la favorita del pueblo, lo fueran

las de parejas de caballos briosos, de corrida de cañas, de alcancías y estafermo, como he visto con placer en Córdoba, seria no de los últimos á su asistencia; pero toros, Dios me libre, pues aun pintados me dan miedo.

Don Martin.

¡Vaya, que esta noche estais muy raro! Nada os contenta: hablemos pues de poesía.

Don Lucas.

Esa ya es otra cosa. Soy contento por ser materia á que soy aficionado aunque sin númen para cultivarla. La poesía, Don Martin mio, es un reino muy estenso, á cuyo célebre templo (dedicado á la deidad Délfica), acuden muchos peregrinos, pero de pocos son admitidos los votos, pues los méritos no son iguales, puesto que los mas van recomendados del amor propio. A su inmediacion se halla el *Parnaso* (monte áspero y escabroso), al que suben aplaudidos los que suelen bajar silvados. En su cima habitan las nueve *Musas*, festejadas de sabios y necios, y familiares

llas á eruditos y vanos; pero doncellas
e cuantos las solicitan. Buscan tal vez
l que de ellas huye, y huyen del que
ıas la visita y obsequia. (¡Qué mara-
illa es si son mugeres!)

En la falda de dicha montaña se ha-
an las famosas fuentes *Castalia y Aga-
ipe*, cuyas sulfúreas aguas sacian la
ed de *consonantes* á todo acalorado
oeta, pero produciendo distintos efec-
ɔs, pues á unos causan diarreas roman-
escas que apestan al universo: á otros
astornos de cabeza que terminan en
ɔcura; y á algunos (aunque pocos),
ıena digestion y robustez saludable.
n el pináculo del referido monte se
alla el veloz y alífero *Pegaso*, cuyo
imal no sufre ancas de todo *ginete*,
ıes cuando á unos admite sobre sí leal
manso relinchando, á otros despide
coces ó arroja por las orejas rebuz-
ındo, pues tiene esta duplicada gra-
a é intelectual discernimiento. Esto,
nigo, se reduce á deciros que la cien-
a pindárica no es tan fácil como pre-
me el vulgo novelero; pues aunque
dos versificamos no todos somos poe-
s, asi como no todos los que tienen
ıitarra son guitarristas. Nuestra len-

gua española, en su mayor parte, vie-
ne á ser un continuado verso sin rim
asonantada, y cuanto hablan el sabio
rústico (si bien se advierte) forma u
metro sin cadencia. *Señor amo, bueno*
dias, me dice mi aguador de mañana
y me saluda en verso sin estudio. ¿*H*
venido ya el correo? pregunto yo á m
criado, y he aqui otro verso sin aso-
nancia: ¿*A cómo van las cerezas*? pre-
gunto á una frutera, y me respond
lo último á siete cuartos. Vaya, ya se-
rán á seis: Nada menos: ni un ochavo
Véanse cuatro versos sin imaginarlo
tales. ¿*Estuvo usted anoche de come-*
dia, porque le echó de menos la tertu-
lia? He aqui otros dos versos de art
mayor, sin conocerlos tales quien lo
dice. Esto supuesto, dígase que el ha-
cer versos es rimar en sociedad sin es-
tudio, pero no es ejercer la ingenios
poesía. Esta á veces es *innata* en e
hombre, asi como la *oratoría* es *ad-*
quirida. Mi estéril talento alguna ve
ha delirado con las Musas (ó por irm
á musarañas, ó por inclinacion á la
hembras); pero he visto y conozco qu
no soy para el oficio, tanto por falt
de conocimientos científicos, y de care

 er de aquella *vena* que dicen tienen os poetas (y yo no he hallado en la natomía humana), como por ignorar l arte de fingir metafórico que poseen uestros taumaturgos escénicos, y prueban en sus escritos encomiásticos. Ellos ara pintar una *boda*, *bateo*, ó dar los *ias* á una dama, revuelven el Olimpo, convidan á la festividad á *Himeneo*, *Lucina* y *Diana*; y aun á toda la ceste esfera; mas yo, que no trato á sa divina gente, saludo á los *novios*, l *chiquillo* y la *dama* á lo tio Diego, n mas piropos, frases ni voces enmarañadas, que *sea enhorabuena* á los esposados: *Dios le haga un Santo* á madre del cachorro, y *felices por uchos años* á la señora de los dias. llos (los señores poetas *in excelsis*), aman en sublime estilo *lagarto* á la enera del hábito de Santiago: *sierpe e plata* al arroyo: *hipógrifo violento* l veloz caballo: *oro* al pelo rubio de ilis: *vestal* á toda doncella aunque sea ltera: *coturnario* al zapatero: *hidráuco-alkalino* al tabernero: *Belona con lendas* á Doris: *falanges* á los escuarones militares: *bibliópola* al libreo &c. Pedro Alonso. Yo no entiendo

esa monserga, ni la de decir que el rio *murmura* y el arroyo *se ric*. El pan pan, el vino vino, y la ciruela ciruela á estilo de mi abuela, para que todos me entiendan. Ellos, para pintar á Amarilis hermosa, la ponen por ojos dos *luceros*: por labios, dos trozos de *coral* rojo: por boca, un zoquete de *nacar*: otro para la nariz de *alabastro*: un puñado de *perlas* por dientes; y un par de libras de *nieve* por *garganta* y demas invisibles muebles; de forma que su belleza queda convertida en un horrible mascaron, que hiciera correr al mas fino amante si le viera. No me acomodo, amigo, á esas celebradas ficciones, y nunca saldré de lo del tio Campo: buenos dias, patron, y acá me zampo. Pero variemos, Don Martin, de materia, que harto me habeis hecho hablar, y aun salir de la esfera de mi carácter serio; y pues poco falta para que mi familia regrese, suspendamos nuestro social proyecto, y para pasar el rato que nos resta, tened la bondad de manifestarme vuestra comedia si la habeis concluido, y con ella pasaremos el rato mas divertidos.

Don Martin.

Enhorabuena, Don Lucas. Justamente la traigo en limpio, y celebraré sea de vuestro agrado.

Don Lucas.

No dudo que lo sea, pues como la echais de poeta y concurris tanto al teatro, es muy posible que se gane el popular aplauso cuando se represente.

Don Martin.

Yo asi lo creo, porque tiene idea, novedad, lances interesantes, y su composicion me ha desvelado algunas noches.

Don Lucas.

No lo estraño, porque componer una comedia no es hacer un romance de cocina para socorrer á ciegos jacareros. Yo he sido aficionado á hacer versos; pero conozco que no me da el naipe para poeta, pues siempre monté al Pegaso por la cola, y el cosquilloso animal me despidió por las orejas.

Acuérdome que cuando jóven quise hacer una tragedia y hube de suspender mi empresa, pues al segundo acto me quedé sin gente para el tercero por tener todos los actores inservibles, unos muertos y otros accidentados. Pero vamos al asunto, veamos la vuestra si os parece.

Don Martin.

Atended, que asi comienza.

Saca un manojo de manuscritos, y lee en voz alta declamatoria.

LA CALISTA.

COMEDIA ORIGINAL,

Mágica, Melodramático-Filarmónica,

NUNCA VISTA.

Don Lucas.

Aguardad un momento, y decirme ¿por qué la titulais mágica?

Don Martin.

Porque tiene escotillones, vuelos y elevaciones, tantas ó mas que las de Vayalarde, el Diablo Verde y Pata de Cabra.

Don Lucas.

¿Y qué quiere significar lo de melodrama-dramático-filarmónica?

Don Martin.

Que es una miscelánea de versos y cantado. Es decir, que asi como hay huevos revueltos con pimientos y tomates, asi en ella se hallan arias, cabatinas, recitados, octavas, décimas, romances y sonetos en tortilla.

Don Lucas.

No hay duda que estará buena. ¡Qué solemne majadería! *(Aparte.)*

Don Martin.

¡Toma si lo está! Que salga otro mas guapo y que ponga al público otra semejante.

Don Lucas.

Eso se llama no tener amor propio: vaya, comenzad, que ya escucho.

Don Martin.

Lee.—Actores que hablan en ella, y personas que acompañan.

Don Lucas.

¿Qué es eso de personas que acompañan?

Don Martin.

Son figuras mudas y precisas, que hacen su papel sin decir esta boca es mia, como ángeles, diablos, animales, ninfas, soldados, aldeanos &c. ¿No veis que es funcion de magia?

Don Lucas.

Ya me hago cargo: proseguid.

Don Martin.

Pues como iba diciendo.... *Lee.*
Personas actrices y actores, comparsas y ejecutores de la pieza.
La princesa Calista.
Don Juan Evangelista.
Don Roque Arista.
Don Lesmes, oficinista.
Doña Evarista.
Un cabo Realista.
La Tia solfista.
Una Ciega sin vista.

Una Modista.
Un Maquinista.
Un Músico bajonista.
Un Médico pulsista.
Un Abogado embrollista.
Un Escribano petardista.
Una Criada cuentista.
Un Lechuguino bromista.

Angeles, diablos, duendes, brujas, músicos, alguaciles, tramoyistas, y otros muebles que no hablan y están en lista.

Don Lucas.

¡San Blas y cuánta garullada! ¿A dónde vais con tanta gente?

Don Martín.

¿A dónde? Al teatro. ¿Pues ha de ir á representarse á la tela ó pradera de San Isidro?

Don Lucas.

No por cierto: pero ¿dónde ha de caber tanta chusma?

Don Lucas.

Eso no es de mi cuenta. Tambien el famoso Lope de Vega en su comedia del *Bautismo del Príncipe de Marruecos* coloca cincuenta y tres personas, un carro cargado de gente, y á mas la procesion de la Vírgen, y yo no me tengo por menos que este célebre poeta.

Don Lucas.

Me hago cargo. (¡Que solemne asno! *(Aparte.)* Pero ¿por qué los nombres de todos los actores acaban en *ista*?

Don Martin.

Porque la heroina de la pieza es la princesa Calista, y todos deben imitarla hasta el final del nombre.

Don Lucas.

¡Bellamente! Pero ¿á qué es el cabo Realista?

Don Martin.

¿A que acuda con su partida á cualquiera disturbio que ocurra?

Don Lucas.

¿Y la Ciega sin vista?

Don Martin.

Esa es muy necesaria, para que siendo ciega vea lo que otras no ven con vista. Demas, que critica á los que ciegan por moda, llevando anteojos por monada para fingir no ver los que ven mas de lo preciso sin ellos.

Don Lucas.

¿Y la Modista?

Don Martin.

Esa tiene que vestir y peinar á la princesa Calista cuando va á casarse con Don Juan Evangelista.

Don Lucas.

¿Y la Tia solfista?

Don Martin.

Esa buena vieja enseña el solfeo á a princesa, y por eso la llamo solfista.

Don Lucas.

¿Y el Músico bajonista?

Don Martin.

Ese es muy del caso, porque en el egundo acto sale el rosario de la Auora, y en él debe hacer su oficio.

Don Lucas.

¿Y el Médico pulsista?

Don Martin.

¿Ese papel es preventivo por si á . princesa Calista la diere algun pitongo histórico ó histérico al dar la ano á Don Juan Evangelista.

Don Lucas.

¿Y el Abogado embrollista?

Don Martin.

Ninguno mas preciso en la escena, porque el Don Roque Arista se opone á la boda de la princesa Calista con Don Juan Evangelista, y hay un pleito de los diablos, y como de su número son los abogados, es forzoso que alguno baraje el asunto y salga vencedor el que mas afloje, cuyo tejemaneje es peculiar de engolillados.

Don Lucas.

¿Y el Escribano petardista?

Don Martin.

Ese ya veis que debe acompañar al abogado, pues ninguna ave vuela sin pluma.

Don Lucas.

¿Y la Criada cuentista?

Don Martin.

En viendo toda la comedia la hallareis muy necesaria para urdir chis-

mes entre Doña Evarista y la princesa Calista, porque la Doña Evarista la quiere soplar á Don Juan Evangelista, y la criada cuentista anda en el negocio lista.

Don Lucas.

¿Y el Maquinista?

Don Martin.

El Maquinista ya veis que es papel muy preciso, pues ¿quién sin él ha de disponer el tramoyaje?

Don Lucas.

Me hago cargo de todo. (¡Qué hombre tan idiota!) *(Aparte.)* No dudo que vuestra comedia dará golpe si no diere porrazo.

Don Martin.

Ya para que no le dé y tenga buena ventura, tendré yo prevenido el remedio como han hecho otros autores dramáticos.

Don Lucas.

¿Y cuál es ese?

Don Martin.

Gratificar en secreto al bajo pueblo (que en lo antiguo llamaban *chisperos)*, para que la palmoteen, aplaudan y celebren, y en la luneta sugetos que voceen *bravo, ¡bravísimo! bravo,* como en la ópera usan los que no entienden música ni idioma.

Don Lucas.

Ya veo que todo es preciso, y hombre prevenido saca partido. Pero vaya, comenzad á leerla.

Don Martin.

Oid atento.

Lec. — La *Calista.* Acto primero.

Vista de un oscuro bosque poblado de alcornoques y naranjos silvestres, el cual atravesarán de rato en rato venados, jabalíes, tigres, leones, corzos, gatos monteses, cabras, y demas que parezcan visuales en la escena de esos animales que cria la naturaleza, los cuales no representan, pero sirven para la

propiedad de la decoracion primera. Al frente se verá el mar alborotado y bramando. El cielo estará estrellado, y los siete planetas repartidos por la esfera con las siete cabrillas en rueda. La luna estará en conjuncion con Marte y en cuarto creciente. A un lado se verá una tenebrosa gruta, y dentro de ella se oirán graznidos de gansos, gallinas, pavos, burros y otras aves. Suena ruido de marina al frente, á la parte derecha de cacería, y á la izquierda de guerra, alternando la sonora música de violines, guitarras, panderetas, timbales, clarines, rabeles, y cuanto instrumento quepa en el foro. Canta un gallo tres veces indicando ser la media noche, y estrepitosamente dicen voces dentro.

De la marina. — Iza, boga, amaina, aferra.

A un lado. — A la selva, á la colina.

A otro. — Arma, arma, guerra, guerra.

Todos. — Viva la insigne Calista.

Música. — Celebre la fama,
por bajo y arriba,
en ecos rimbombos,
gritos y bocinas,

con trompas, tambores,
flautas, chirimías,
bandurrias y pitos,
piporros y vivas,
á nuestra princesa
la bella Calista,
y detras del muelle
nuestra artillería,
subterráneas salvas
afloje á su vista.

Suena de repente un crepitánte y horrísono trueno por abajo á manera de escopetazo, y otro por arriba. Aparece un cometa en el aire con una cola tan larga echando chispas. Levántase un huracan furioso que apaga las luces. Todo se oscurece: los relámpagos alternan con las culebrinas: cae un chaparron de agua y granizo, á cuyo tiempo sale de la gruta despavorida la princesa Calista en camisa y enaguas, desmelenada y sin zapatos, y dice en tono trágico:

Númenes altos, ¿qué es lo que me pasa?
¿Se va el mundo á volver patas arriba?
¿Qué es lo que veo? ¡monas y mochuelos
Me parece que son cuantos me miran!

¿Cangustia me acomete? ¿Qué entripado
Toda mi humanidad meteoriza?
¿Qué pitotango es este, sacros cielos,
Que mi eléctrico pecho espasmodiza?
Toda convulsa, toda titilante,
Mírome como aquel que hacen cosquillas
Dos cantáridas puestas con euforbio
En la parte que no llegan avispas.
Yo, que en mi rudo albergue reposaba,
Buscándome las pulgas en camisa,
De repente me veo, é infraganti,
De alboroto tan nuevo acometida!
Pero.... ¿qué en el mar suena? ¿Será acaso
Algun monstruo marino que mi vida
Acometer intente, y zambullirme
A mondongo desnudo en su barriga?
¡O fementido amor! ¡áspid tirano
Que me tiene reclusa en esa impía
Y lóbrega mansion, pudiendo verme
En la Corte cercada de visitas,
Luciendo en rigodones mi figura,
Y dando que envidiar á lechuguinas!
Mal haya mi pasion una y mil veces!
Pero detente, lengua fementida,
Que mi Juan es buen Juan, y no merece,

Que en lugar de elogiarle le maldigas!
La muger que un buen Juan llega á calzarse
Como yo, no se dé por ofendida,
Que un Juan de buena pasta como el mio
No es muy fácil toparle cada dia.

Aqui suena un ruido de mar, y aparece una hermosa fragata de guerra llena de angelitos con faroles de papel encendidos en las manos, y Don Juan Evangelista dentro de ella vestido á la andaluza con sombrerillo lleno de cintas, chaqueta con alamares de oro, y un grueso cigarro habano en la boca. Vuélvese á la comitiva, que será de maragatos y pasiegos, y les dice lleno de gozo:

Aquella es, compañeros: ved qué hermosa,
¡Qué gorda, qué pomposa y qué rolliza!
¡Qué atimbalados lomos manifiesta!
¡Y cuán interesante está en camisa!
Saludadla festivos y con aire,
Diciendo en alta voz que beba, y
Todos. = Viva.

Aqui conviene que se haga una salva de artillería.

Don Juan.

No te asustes, deidad de este hemisferio,
Nada te dé pavor, bella Calista,
Que por tu amor del otro mundo viene
A ampararte tu Juan Evangelista.
En tus brazos aguarda : : :

Suena la campanilla.

Don Lucas.

Esperad, Don Martin, que parece que llaman. Ola, Toribio.

Sale Toribio.

Toribio.

¿Qué peseuda meu amu?

Don Lucas.

¿No oyes que llaman, bestia?

Toribio.

Sua mercede perdone: buey curriendo. *Váse.*

Don Lucas.

Fuerza es suspender nuestra lectu-

ra por ahora, y lo siento, porque estaba deleitado con vuestra pieza. (¡Maldita sea ella!) *(Aparte.)*

Don Martin.

¿Con que os iba gustando?

Don Lucas.

Muy mucho por la novedad y artificio. (Lo mismo que un sinapismo en la rabadilla.) *(Aparte.)*

Don Martin.

Pues mas os gustará cuando veais danzar los diablos de ambos sexos un rigodon y tres valses delante de los novios á estilo del infierno.

Don Lucas.

(Allá vayas á ensayarlo antes que yo tal vea.) *(Aparte.)*

Salen Doña Eufrasia, Doña Margarita, Don Longinos y Don Lope de broma, riendo á *carcajadas.*

Los cuatro. — Buenas noches, Señores.

Los dos. — Sean ustedes bien llegados.

Don Lucas.

¿Qué tal ha ido de funcion casera?

Doña Eufrasia.

¡Bellamente! Aun me duelen las caderas de lo que he reido.

Doña Margarita.

Pues yo aseguro á usted que no pude contener la orina al ver el traje de la primera dama.

Don Longinos.

Pues mejor era su meneo, pues al salir y entrar nos abanicaba de lo lindo.

Don Lope.

Y no sostenian mal par de vigas su colosal edificio.

Doña Eufrasia.

¡Si vieras Lucas qué teatro! En un caballeriza alquilada, y el tablado sobre unos pesebres. Discurre tú piadosamente.

Doña Margarita.

¿Pues y el alumbrado? bugías d cera de ovejas, que olian á alcanfor y cloruro de baburrina del Rastro qu era un gusto.

Don Longinos.

Y ¿dónde se dejan ustedes la orquesta?

Doña Eufrasia.

Es verdad: no me acordaba. Un guitarra, una bandurria, y una pandereta con cascabeles.

Don Martin.

¿Y hubo tonadilla?

Doña Eufrasia.

Y muy sonora. La cantó el herre-

o de enfrente vestido de muger, y ierto estaba hecho una deidad del infierno, porque sin haberse afeitado conservaba en su cara la marca de la ofina á que pertenecia.

Don Martin.

Y la voz ¿qué cosa?

Doña Margarita.

Muy sonora: lo mismo que un galan en el campo.

Don Lucas.

Y los papeles ¿qué tal?

Doña Eufrasia.

Escelentes la primera dama era viz-a: la segunda tartamuda: la graciosa o era malita, pero estaba ronca; el alan primero un jovencito de sus senta y pico: el segundo corcovado; y gracioso, para serlo, debe acudir or la gracia detras de las fondas que tán en la plaza de la Cebada, despues e desayunarse en ellas.

Don Martin.

Supongo que habria apuntador.

Doña Margarita.

Si señor: para sorchantre de un catedral era famoso, y sin duda los c micos eran sordos segun los apuntab

Don Lucas.

¿Y la ejecucion?

Doña Eufrasia.

Muy buena: á gritos y manotadas

Doña Margarita.

¿Se acuerda usted del abrazo qu dió á la reina su primo el condestabl

Doña Eufrasia.

¿No he de acordarme, muger? pc cierto que la abrazó por la barriga, lo mejor es que estaba embarazada la llamaban Doña Casta.

Don Lucas.

¿Con que ello es que la cosa fue lisparatada?

Doña Eufrasia.

Y tanto. No mas funcion de esta lase en mi vida.

Doña Margarita.

Sí; pero no dejamos de divertirnos on los concurrentes lo bastante, y sino quella lechuguina que teniamos delane de nosotras, á la que daba pastillas quel oficialito que la acompañaba.

Doña Eufrasia.

No se las daba, que se las ponia n la boca una á una. ¡Y qué tos tenia la pobrecilla!

Don Longinos.

Pues el que estaba á su izquierda in duda era su marido, porque le tueaba y le llamaba Marcos.

Don Lope.

Con efecto lo es, porque yo le conozco, y está empleado en mi oficina de supernumerario sesto con ascensos.

Doña Eufrasia.

Reniego de la tal señora, que con su peineta de frontero de buey de carreta no me dejaba ver nada.

Doña Margarita.

Y menos oir con lo mucho que charlaba.

Don Longinos.

¿Quién seria aquella maja que palmoteaba tanto?

Don Lope.

Alli oí decir que era la muger de la graciosa.

Don Longinos.

Hombre, ¿usted qué dice, pues qué se casan ya dos mugeres?

Don Lope.

Si era hombre disfrazado.

Don Lucas.

Baste de murmuracion, señores. Ya son las once y media, hora propia de recogerse cada pájaro á su olivo. Toribio.

Toribio.

Meu amu, ¿qué demanda?

Don Lucas.

Pon la mesa, y alumbra á estos señores, si no gustan de acompañarnos y amanecer con apetito.

Doña Margarita y los dos.

Muchas gracias.

Don Martin.

Dice bien Don Lucas: cada cual á su corral. Buenas noches, y hasta mañana.

Don Lucas.

Agur, señores.

Y como Dios aqui nos ha juntado
Esta noche, nos junte la siguiente,
Y este capricho tan disparatado
Aplauda de los necios la corriente.

FIN.

